

ménos antigua. Negábase cualquier noble á servir en el ejército á las órdenes de un oficial cuyo padre ó abuelo habiese sido inferior á su padre ó abuelo. Hemos dicho anteriormente cuántos desórdenes resultaron de esto en el ejército; lo mismo acontecía en los empleos de la corona y en el ceremonial; las cuestiones sobre este asunto las decidía un tribunal (*Rosriad*), en cuyos archivos se conservaba el registro de las familias antiguas y nuevas, con los grados que había ocupado cada una. Añádase á esto que los descendientes de Rurik sacaban á relucir pretensiones que causaban recelos á la nueva y extranjera estirpe de Romanoff. Para cortar el mal en su raíz, Teodoro III, hijo de Alejo, so pretexto de arreglar exactamente las clases, hizo le presentasen los diferentes extractos que cada familia había hecho sacar de aquellos registros, y los quemó, con detrimento de la historia, y provecho de la paz y de la disciplina. Sin embargo, queriendo aniquilar las pretensiones y no la nobleza, permitió hacer otras genealogías, sin que en adelante pudiese pretenderse ninguna superioridad por el nacimiento.

1676.  
Consti-  
tucion.  
rusa.

Ya podemos, pues, considerar la constitucion rusa como completa, y examinar por lo mismo su conjunto. La *monarquía moscovita ó Gran Rusia* se miraba como propiedad de la casa de Romanoff, y el sucesor podía ser designado por el emperador reinante entre sus hijos, aunque se acostumbraba preferir al primogénito. El electo, á quien coronaba el patriarca ó un metropolitano, tomaba el título de *czar ó czar-blanco*, su esposa el de *czarina*, sus hijos el de *czarevich*, y sus hijas el de *czarevinas*. El czar tenia sobre la vida y los bienes de sus súbditos un poder despótico. Cuando queria declarar la guerra, acudia á una iglesia, y hacia leer sus agravios contra el enemigo, postrer respeto del déspota para con el pueblo, el cual debía soportar las cargas y los males. Por lo demas, los antiguos derechos de este y de los señores, hasta de aquellos que en otro tiempo eran soberanos, dependian de la voluntad arbitraria del czar, que los domaba á latigazos (1). Los empleos civiles y militares se hallaban siempre unidos; el mando del ejército se confiaba á un boyardo de la cámara; el gobierno de las ciudades y las embajadas á oficiales del consejo.

Boyardos.

Los boyardos eran consultados por el czar en los casos principales; pero por mera condescendencia. En la nobleza, despues de destruidos los antiguos libros, se conocian cuatro grados: el primero estaba compuesto de las familias que en tiempo de Teodoro III habian pertenecido á los boyardos, jueces y consejeros, ó cuyos abuelos habian sido empleados en tiempo de Juan IV y de Teodoro III en misiones extranjeras ó en algun mando elevado; el segundo comprendia las familias que ejercian mandos militares en

(1) Véase á ADOLFO RABBEZ.

los reinados de Miguel III y de Teodoro III, ó cuyos nombres estaban en primera clase en los registros de las ciudades; seguian las demas anotadas en aquellos libros; y finalmente, los nobles nombrados por cédulas. Solo se permitia llevar espada á los nobles y poseer tierras obligadas al servicio militar; ademias gozaban de diferentes privilegios con respecto á la justicia.

En la ciudad se había formado una clase média de las *personas nombradas*, que podian adoptar por apellido el nombre paterno con la desinencia *ith* (ó *itz*), y eran comerciantes por mayor, y otros mercaderes, excluidos de las cargas. Los campesinos permanecian adictos al terruño, sin propiedad de ninguna especie, y le era permitido al señor trasladarlos de una tierra á otra, pero no arrebatárselos de los campos para dedicarlos á otros servicios. Los esclavos, al contrario, estaban obligados á emprender toda clase de faenas; algunos pertenecian por herencia á una familia; otros contraían la servidumbre mediante un convenio vitalicio, y la única proteccion que les dispensaba la ley, era prohibir que se les mutilase ó diese muerte.

La suerte del pueblo se reducía á trabajar y combatir; ignorante, desgraciado, sometido servilmente al knut de los señores. A veces estimulado por estos ó por el exceso de sus padecimientos, se sublevaba contra edictos odiosos, y el czar le apaciguaba arrojándole las cabezas de los ministros, que de este modo servian de salvaguardia al rey, sin poder moderar su despotismo.

El czar, sesenta y siete boyardos, cincuenta y siete jueces y treinta y ocho consejeros formaban el consejo de Estado. El primer magistrado era el presidente de los negocios exteriores, á quien estaba confiado el sello; el supremo tribunal de justicia recibia el nombre de *palacio de justicia de oro*.

El ejército permanente se reclutaba de voluntarios, ó en su defecto, los propietarios territoriales debian proporcionar hombres. Los strelitz ó tiradores, en número de cuarenta mil, componian el primer cuerpo; seguian luego muchos regimientos de soldados, instruidos á la alemana, lo mismo que la caballería, con oficiales alemanes. Ademias, la nobleza daba doscientos mil hombres de tropas feudales, y los Cosacos una numerosa caballería irregular.

Las rentas ascendian á 5.000.000 de rublos, y eran regalías la cerveza al por menor, el hidromiel, el aguardiente, la sal y la pesca en el Mar Caspio, sobre todo la del sollo. Á los empleados, en vez de dinero, se les asignaban ciertos dominios.

La Iglesia Rusa comprendia veintitres eparquias, que tenian á su cabeza doce metropolitanos, arzobispos ú obispos, dependientes todos inmediatamente del patriarca, dignidad de grande influencia aun en los asuntos políticos, y á quien se tributaba un respeto que rayaba en la adoracion. El clero no podia adquirir bienes raíces, y sin embargo, se dice que

Clero.

poseía una tercera parte del territorio, exento de impuestos, lo cual debe entenderse de los frailes, pues el clero secular no tenia riquezas ni créditos. Los hijos de los sacerdotes eran excluidos de los empleos civiles, y por lo mismo poblaban los conventos. Esta aristocracia poderosa no se dedicó á corregir al pueblo, que no conocia de la religion mas que actos exteriores, servilmente precisos, y cuasmas muy rigurosas; y la predicacion, poderoso medio de educacion, estaba prohibida á causa de los celos del gobierno.

Las costumbres tenian aun algo del estado salvaje, y el lujo oriental se había mezclado con ellas sin modificarlas. Las casas de madera no tenian mas adorno que colgaduras de cuero; pero en las fiestas se ostentaban el oro y los diamantes sobre ricas telas, como tambien pieles de gran precio. Los que no las tenian las alquilaban al guardaropa del czar; y si se perdía ó deterioraba alguna pieza, estaban obligados á pagarla, ademias de sufrir las palizas, castigo de que no estaba exenta ninguna clase de personas. Las mujeres de cierta categoria se mantenian en servidumbre al estilo asiático, no pudiendo salir sino para ir á la iglesia ó para visitar á sus parientes. El marido, que era siempre su señor, las zurraba ó maltraba á su antojo, no como consecuencia de la brutalidad que ni aun la civilizacion sabe vencer, sino por consentimiento de la ley, que consideraba un crimen resistirle. Las mujeres del pueblo gozaban de mayor libertad, y con objeto de satisfacer su afición á los licores, se entregaban á un descarado libertinaje. El extranjero era mirado siempre en el país con desprecio y desconfianza, y los boyardos ó dignidades no se atrevian á tratar con él sino ocultamente; ademias los embajadores llevaban su terquedad y pretensiones á tal grado que era muy difícil terminar con ellos un asunto. Los caminos se hallaban infestados de ladrones, y ni las calles de las ciudades estaban seguras. Los encantos y los envenenamientos eran frecuentes, ó se temian, tanto que se hacia prestar juramento á todos los que se aproximaban al czar, de no poner yerbas malélicas en sus manjares, é impedir que otros las pusiesen.

1682.  
27 de  
abril.

Teodoro III, príncipe justo y benévolo, que había concluido mediante un arreglo la guerra con los Turcos en 1681, murió, despues de seis años de reinado, sin dejar hijos. El patriarca y los boyardos se unieron para elegir entre Juan, su hermano carnal, de edad de diez y nueve años, y Pedro, su hermano consanguíneo, de nueve. Pero como el primero era débil, tartamudo y carecia de ambicion, fué proclamado Pedro, bajo la regencia de su madre Natalia Kirillovna Nariskin. El partido favorable á esta princesa había sido vencido en el último reinado por el de los Miloslawski, parientes y partidarios de la primera mujer de Alejo, los cuales trabajaron mucho á fin de esparcir calumnias contra la czarina. Excitados por tales rumores,

cinco de los nueve regimientos de los strelitz declararon que no se conformaban con el nombramiento hecho sin participacion suya; subleváronse á los gritos de: *Mueran Pedro y la czarina*, corrió la sangre, y la soldadesca ebria degolló á los Nariskin, hermanos de la regenta. Sesenta y siete personas respetables perecieron de una manera horrible, y Juan fué aclamado tambien czar, bajo la tutela de Sofia, su hermana. Esta, astuta y diestra en promover la revolucion, se mostró firme en el ejercicio de una autoridad que había ambicionado, y sostenida por su favorito Galitzin, trató de sustraerse de la onerosa tutela de los strelitz. Esto fué causa de una nueva sublevacion, y el príncipe Khowanski, su jefe, encontrando mal recompensados por la coregente los servicios que se le habían prestado, se puso á la cabeza de una nueva secta religiosa de los abakumistas, y meditó degollar á los dos czares y apoderarse del gobierno. Refugiáronse los príncipes en un monasterio, y Pedro, cuyo carácter se había formado en medio de aquellas turbulencias, llamó allí á Khowanski, y le hizo decapitar con treinta y siete strelitzes que le acompañaban. Los demas strelitzes se dispusieron á la venganza; pero cundió el pavor entre ellos, al ver á toda la nobleza armarse en defensa de los czares, y pasando de la audacia á la cobardía, se presentaron con cuerdas y otros instrumentos de suplicios merecidos, no obteniendo el perdon sino con la condicion de entregar á los agitadores y uno de los suyos por cada diez. Tres mil setecientos, sacados á la suerte de sus filas, se prepararon á morir recibiendo los sacramentos, se despidieron de sus familias, y con la cuerda al cuello y sin armas se encaminaron al convento, llevando de dos en dos el tajo y un tercero el hacha. Cuando llegaron á la plaza, pusieron en tierra el tajo, apoyaron en él la cabeza, y aguardaron así por espacio de tres horas su suerte. Los czares se contentaron con que se decapitase á treinta, y perdonaron á los demas.

Sofia, aprovechándose de la juventud de Pedro y de la ineptitud de Juan, daba libre rienda á sus caprichos; dicese que ella misma introdujo al primero en una compañía de jóvenes libertinos; y aun concediendo que fuese denigrada quizá mas de lo que merecia por el partido triunfante, no cabe duda de que era muy ambiciosa y que tenia extensas relaciones. Logró tambien aumentar el territorio, adquiriendo á Smolensko, la Siberia, Chernicof, la Pequeña Rusia en la orilla izquierda del Dnieper, Kief en la orilla derecha, y el país de los Cosacos Zaporogos, prometiendo en cambio que se uniría á Suecia y Polonia contra la Turquía; pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que debía adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares, perdió el ejército y se vió obligado á retirarse.

Entretanto crecía Pedro, y ya sus diversiones

anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le expuso, y los jóvenes extranjeros de que se le rodeó para corromperle, excitaron su imaginación con el relato de empresas extraordinarias. El Ginebrino Francisco Jacobo Lefort, á quien habian sucedido las aventuras mas singulares mientras recorría la Europa de un extremo á otro, viendo mucho, siendo capaz de ver bien, y no debiendo mas que á sí mismo sus conocimientos, su osadía y su fortuna, ganó la confianza de Pedro, que le colocó al frente de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales aprendió los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio sin distinguirse en nada de los demas. Se ambicionó como un honor el entrar en clase de compañero (*poteschnoi*) en aquella tropa, que llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia. En medio de la desenfadada licencia de aquellos jóvenes, Pedro y Lefort espaban con atenta mirada el momento de arrebatar el poder á Sofía, irritados de que hubiese tomado el título de soberana, inscribiendo su nombre en todas las actas y en las monedas, y aspirando á la dominación absoluta. Recelosa Sofía de los proyectos que tramaban, trató de prevenirlos, y Thegtwitoi, jefe de los strelitzes, fuese por su orden ó para atraerla á su partido, se propusó dar muerte á Pedro, como también á su mujer, á la madre y á la hermana de este príncipe. A lo menos tal fué la noticia que circuló; y Pedro, habiéndose dirigido al convento de la Trinidad con sus poteschnoi, convocó á los boyardos, descubrió la trama, desterró á Galitzin, obligó á Sofía á que se entrase monja, y quedó como señor único del imperio, aunque Juan (1696, 11 de setiembre), czar meramente en el título, sobrevivió aun algunos años.

Aquí se abre la nueva era de la Rusia.

### CAPÍTULO XXX

Pedro el Grande y Carlos XII.

Encontrábase Pedro, á la edad de diez y siete años, al frente de la monarquía mas vasta de Europa, cuyo territorio se extendía desde Arkángel hasta el mar de Azof, con un pueblo tosco, pero unido, y con grandes que eran esclavos. Le faltaban costumbres y educación; pero Lefort, en medio de las orgías, le inspiraba con sus relaciones de aventuras el deseo de regenerar la nación. Inútil es buscar aquí un proyecto filosófico, producto del conocimiento de las causas. Al ver los tristes efectos de la barbarie indígena, pensó remediarla, no corrigiendo al país poco á poco, sino haciéndole de golpe europeo, introduciéndole un íngerto extranjero, sin cuidarse de si este íngerto, al morir él, dejaría mas enfermo el tronco (1).

(1) El diario de las empresas de Pedro, escrito bajo su dirección, é impreso por orden de Catalina II en 1770 y 1772,

El grito de guerra de la Rusia parece haber sido desde el principio: *Dadme agua, que tierra tengo*. Habiendo hecho construir Pedro algunos barcos, se ejercitaba en maniobrar con ellos en el lago de Peresláf, cerca del monasterio que habitaba: juego de niños que tomó luego un carácter serio, así como sus cincuenta camaradas se convirtieron en doce mil guerreros. Después de nombrar general á Lefort, que no habia mandado nunca, le concedió también el empleo de almirante de la escuadra, que no solo no existía sino que ni siquiera tenia nombre en aquella lengua, y por primera vez vió el Mar Blanco sobre sus olas á un monarca ruso. Pidiendo en seguida á la Alemania y á la Holanda ingenieros, barcos y artillería, obligando á los ricos y á los prelados á proporcionarle los medios necesarios, hizo construir buques en Venecia y en Holanda; se apoderó de Azof, base de sus proyectos, la fortificó, y entró en Moscou con el fausto de un antiguo Romano, para inspirar, ademas del amor á la gloria, la idea de la superioridad. Entretanto enviaba jóvenes á Alemania, Holanda é Italia á aprender las costumbres y artes de los pueblos civilizados; quiso también adquirir estos conocimientos, cuya necesidad conocia, y confiando la regencia al boyardo Teodoro Romanodowski, viajó de incógnito. En los talleres de Saardam y de Deptford, trabajaba confundido con los obreros por su actividad en el trabajo y sus vicios; en Amsterdam trató de proporcionarse nociones de anatomía é historia natural; examinó en Londres la constitución civil y eclesiástica, admirando la libertad de cultos, las salas de armas y del parlamento; pero sobre todo la marina; y en todas partes persuadía con promesas á hábiles obreros para que le siguiesen á Rusia. Vió también á Cléveris, Dresde y Viena, dándosele en esta última ciudad una fiesta en que el emperador y la emperatriz, vestidos de huéspedes, servían á la mesa á personas enmascaradas de todos los países y de todas clases. Dirigíase á Italia, cuando fué llamado á Rusia.

\* Una vez acostumbrados los labios á beber en la copa del poder, es difícil que se sacien. Sofía, que no habia renunciado nunca á la esperanza de dominar ni á las intrigas encaminadas á tal objeto, aprovechó la ausencia del czar para sublevar de nuevo á los strelitzes, que sin embargo fueron vencidos; y Pedro, no bien llegó, hizo procesar á los prisioneros rebeldes, de los cuales dos mil fueron ahorcados, y cinco mil decapitados; él mismo derribó centenares

alcanza hasta el 22 de octubre de 1781. Fué traducido al alemán por Luis Crist. Buchmeister (Riga, 1774), que añadió otro tomo, comprendiendo toda la obra bajo el título de *Beiträge zur Gesch. Peters des Grossen*.

Véase también á NESTEXURANOI, *Mem. de Pedro el Grande*. GORDON, *Gesch. Peters des Grossen*.

SCHLÖTZERS, *Historische Untersuchung über Russlands Reichsgrundgesetz*.

OSTRIALOV se ocupa actualmente en reunir todos los documentos oficiales sobre la vida y las acciones de Pedro el Grande; la obra constará de diez tomos.

de cabezas, y las restantes cayeron bajo la cuchilla de señores de elevada categoría, que se sospechaba estaban de inteligencia con los amotinados. Se ordenaba á treinta, cincuenta y hasta cien desgraciados arrojarlos á un tiempo boca abajo, y colocar la cabeza en un tajo de una longitud proporcionada al número, hiriéndolos el hacha uno tras otro. No pudiendo, ó no atreviéndose á condenar á su hermana, hizo ahorcar al pié de las ventanas de esta á tres rebeldes, cuyos cadáveres permanecieron allí todo el invierno, teniendo en la mano las peticiones que habian dirigido á la princesa. Probablemente entónces fué cuando instituyó ó resucitó la cancellería secreta, terrible tribunal inquisitorial, que duró hasta 1762. Repudió á Eudoxia Federowna, su esposa, porque manifestaba horror á aquellas matanzas.

Semejante hombre no podía menos de desear la guerra para recuperar los países arrebatados á sus predecesores, y que le impedían extenderse por el Báltico. Encontróse, pues, enemigo natural de la Suecia, y aliado del que fuese á esta hostil.

«En la memoria de los hombres se hallan unidos los nombres de Carlos XII y Pedro el Grande, rodeados de algo novelesco y teatral, en discordancia con la marcha positiva que habia adoptado la sociedad. Los dos eran de un carácter extraordinario: el uno encontraba el trono consolidado por su padre, con un tesoro bien provisto, una buena escuadra, un ejército excelente, y no necesitó siquiera recurrir á los delitos que naturalmente le repugnaban; el otro adquirió el suyo, libertándolo sanguinariamente de los muchos obstáculos que se oponían á su marcha, sin haberle detenido nunca un pensamiento humano: Pedro se dirigía por cálculo á un objeto bien meditado; Carlos se lanzaba en pos de una pasión dominante; las victorias infundieron á este una loca osadía, las derrotas enseñaron á aquel á vencer; el monarca ruso estableció la grandeza de su país, el monarca sueco arruinó la del suyo.

Carlos XII fué educado en las ideas religiosas, que forman el carácter de su casa; su madre dedicó poco esmero al cultivo de su inteligencia y mucho á desarrollar el vigor de su cuerpo. Su padre le inclinó á los ejercicios militares, y á conocer la constitución del país, inspirándole un alto sentimiento de la prerogativa real. Carlos cobró afición á las matemáticas, emprendió varios viajes, y amaba la caza, especialmente la que ofrecía mas peligro. Habiéndose hecho declarar mayor de edad antes de tener los años indispensables al efecto, cuando el obispo de Upsal extendió la corona para colocarla en su cabeza, él la tomó y se la puso por sí mismo.

La paz de Ryswick habia apagado el humor belicoso de los reyes de Europa; pero previniéndose inminente una guerra promovida por la sucesión al trono de España, se multiplicaban las intrigas á fin de proporcionarse aliados; y Carlos recibió proposiciones de la Inglaterra, de

los Estados Generales, de Luis XIV, que aun recordaba á Gustavo Adolfo. Entretanto sus vecinos, juzgándole un joven aturdido, creyeron favorable el momento para indemnizarse de las pérdidas que habian sufrido.

Ocupaba el trono de Polonia, como ya hemos visto, Federico Augusto II, elector de Sajonia, el cual, deseoso de rivalizar con Luis XIV, tanto en conquistas como en magnificencia, y de ocupar en la guerra á una turbulenta nobleza, so pretexto de marchar contra la Puerta, hizo ir de Sajonia nuevas tropas, y llamó á las armas á los Lituanos, que estaban agitados por las sectas nacidas en tiempo de Sobieski, y reanimadas entónces entre la nobleza y los sapiebas. Este aumento de fuerzas causaba inquietud á los Polacos, que varias veces intimaron á Augusto II que las licenciase, segun los *Pacta conventa*; y la envidia que se tenían los tres ejércitos lituano, polaco y sajón, estuvo próxima á estallar en lucha abierta, é impidió dar buena dirección á la empresa contra Suecia. Aunque la paz de Carlowitz asignó los territorios de Kaminiék y de Podolia á la Polonia, su adquisición se debió á intrigas mas bien que á las armas, y Augusto se mostraba impaciente por recobrar de la Suecia los países que le habian sido cedidos en los tratados anteriores, principalmente la Livonia, donde se habian aumentado los descontentos. Tuvo una entrevista con el czar Pedro, y ganó la confianza de este por su carácter cortés, por la serenidad con que sostenia las apuestas de los mas intrepidos bebedores, y por su fuerza, que llegaba hasta el punto de cortar de un tajo la cabeza de un buey. Ambos príncipes se unieron para obrar contra la Suecia. Pedro, que queria recobrar la entrada del Báltico, habia procurado en vano obtener de los Suecos, mediante negociaciones, á Narva ú otro puerto en aquel mar. El Schleswig era un germen de enemistades entre la Suecia y la Dinamarca; aquella provincia, arrebatada á la casa de Holstein en la guerra de los Treinta Años, habia sido adjudicada en parte á la de Gottorp, bajo la soberanía danesa: habiendo recibido despues Federico III de Holstein-Gottorp guarniciones imperiales, fué considerado como traidor por Cristiano IV, resultando animosidad entre las dos ramas de aquella familia. Ensañóse aun mas cuando Federico III casó una de sus hijas con Carlos X de Suecia, que por el tratado de Copenhague le hizo adquirir la soberanía del Schleswig y de la isla de Femern; de consiguiente la casa de Holstein-Gottorp se unió cada vez mas á la Suecia, resultando de aquí un rompimiento declarado. Federico IV de Dinamarca rompió la primera lanza contra el Holstein, mientras que un cuerpo sajón enviado por Augusto III atacaba el Hannover. Previendo Carlos XII la tempestad que iba á estallar, pidió fuerzas navales á sus aliados, declarando « que no empuñaría nunca las armas si no era provocado; pero que una vez en la mano, no las abandonaría hasta